

IN MEMORIAM

EL COSMOPOLITA DESARRAIGADO (TONY JUDT, EN SU TERCER ANIVERSARIO)

JOSÉ-CARLOS MAINER

Universidad de Zaragoza

En agosto del presente año se han cumplido tres de la muerte del historiador británico Tony Judt (Londres, 1948-Nueva York, 2010). Es posible —aunque también sería indeseable— que una parte de la popularidad y la humana simpatía que inspiran la figura de Tony Judt se deban a que publicó la última parte de su trabajo mientras luchaba con los estragos de una esclerosis lateral amiotrófica. De esa circunstancia surgieron un breve pero intenso ensayo, *Algo va mal* (*Ill fares the Land*, 2010; trad. Belén Urrutia, Taurus, Madrid, 2011), unas sugestivas memorias de ordenación temática, *El refugio de la memoria* (*The Memory Chalet*, 2010; trad. Juan Ramón Azaola, Taurus, Madrid, 2011), y un libro, *Pensar el siglo xx* (*Thinking the Twentieth Century*, 2012; trad. de Victoria Gordo del Rey, Taurus, Madrid, 2012), que recoge las conversaciones que en el último tramo de su vida mantuvo con su joven colega Timothy Snyder. Quien lea *Pensar el siglo xx* advertirá las inevitables reiteraciones del material de los otros dos títulos, a la vez que una metódica rapsodia y una significativa reafirmación de su obra historiográfica precedente. De esta, el lector español conoce ya una espléndida monografía sobre la *intelligentsia* francesa de posguerra (*Pasado imperfecto: los intelectuales franceses, 1944-1956*, Taurus, Madrid, 2007), que se había publicado en 1992 y coronaba una serie de trabajos sobre la historia política de Francia iniciados a fines de los setenta; un deslumbrante panorama de Europa desde 1945, *Posguerra*, traducido en 2006 (*Postwar. A History of Europe Since 1945*, 2005; Taurus, Madrid, 2006), que había nacido de un ensayo anterior, *A Grand Illusion?: An Essay on Europe* (1996), y el volumen misceláneo *Sobre el olvidado siglo xx* (*Reappraisals: Reflections on Forgotten Twentieth Century*, 2008; trad. Belén Urrutia, Taurus Madrid, 2008), que recogió reseñas-ensayo y semblanzas impresos fundamentalmente en *The New York Review of Books* desde comienzos de los noventa.

Judt tuvo, por tanto, una oportunidad poco frecuente en la tarea intelectual: haber publicado con notable éxito los resultados de su trabajo y poder repasarlos otra vez ahora con el objetivo de insertarlos en una suerte de autobiografía moral, sin que sus circunstancias personales le permitieran ya enmendarlos aunque sí proporcionarles una dosis adicional de lucidez y contumacia y la dramática impresión de testamento que la cercanía del final otorga a una persona inteligente y animosa. Sin duda alguna Judt lo era, pero también es cierto que el género de estos libros coincide con mucha exactitud con las mejores dotes del intelectual de las que había disfrutado previamente: la vehemencia fulgurante del ensayo polémico de divulgación y síntesis (tal es, por no llamarlo *panfleto* —en su ilustre acepción histórica—, el género literario de *Algo va mal*); la costumbre de mirar la propia vida como un objeto de historia, o como un testimonio profesional más; la búsqueda de la brillantez expresiva, que le regala a menudo una imagen feliz, un sarcasmo certero o una ironía derogatoria; la legítima soberbia de quien confía en sus capacidades intelectuales y exhibe una seguridad que puede ser impertinente pero que jamás roza la autosuficiencia o la pedantería.

Solo así las casi cuatrocientas páginas de *Pensar el siglo xx* llegan a resultar una lectura fascinante que legitima el enfoque personalísimo del sistema conjunto que pactaron sus autores. El arranque de cada capítulo es un memorándum autobiográfico de Judt que plantea el tema y que va dando paso a las matizaciones, apostillas o sugerencias de Snyder y, al cabo, a un diálogo animado entre dos colegas de distinta edad (Judt le lleva una veintena de años), de biografías diferentes (uno es un judío británico, trasplantado a Estados Unidos; el otro, un norteamericano de Ohio) y un común interés por la historia contemporánea de Centroeuropa (Snyder es autor de una monografía de referencia sobre el destino de esa zona del mundo: *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*, 2010).

Snyder escribe al frente de su prólogo que «este es un libro de historia, una biografía y un tratado de ética», porque recordaba, sin duda, que la definición de historiador que más complacía a Judt era aquella que los hacía «filósofos que enseñan mediante ejemplos». En las páginas de los capítulos 7 («Unidades y fragmentos: historiador europeo») y 8 («La edad de las responsabilidades: moralista estadounidense») encontraremos más afirmaciones en pro de un concepto clásico de la historia («la historia es un relato moral»), nada entusiasta de la teorización, nada interesado por hallar para la vieja Historia un arrimo más prestigioso en las Ciencias Sociales que en las Humanidades, y menos partidario todavía de las corrientes poshistóricas de patente francesa, o surgidas al calor del *Linguistic Turn* que alimentó la boga de los *Cultural Studies*.

En el fondo de su formación hay una clara voluntad de regreso a la Historia clásica y el genuino orgullo por el esfuerzo de saber más cosas, comprobar su veracidad, ordenarlas racionalmente y expresarlas con precisión en forma de un relato convincente; amaba la disciplina escolar británica, aunque se burle de

ella, y las fabulosas bibliotecas universitarias americanas, aunque le fastidiara que sus usuarios prefieran estar al día de la última monografía de éxito antes que revisar las fuentes primarias, al revés de lo que él hacía. En *El refugio de la memoria*, el precioso capítulo dedicado a «Joe», su primer profesor de alemán, deja muy claro aquel orgullo por el propio esfuerzo. Y otro apartado, «Palabras», consigna la deuda con la retórica convincente y la exactitud verbal que aprendió a admirar en el King's College, de Cambridge. Y no se siente incómodo por haber sido —como sus compañeros becarios— «al mismo tiempo radicales y miembros de una elite [...]». Es la incoherencia de la meritocracia: dar a cada uno su oportunidad y luego privilegiar a los que tenían talento».

No le quitó el sueño la querrela de hogaño entre la Historia profesional y la Memoria histórica, concebida como una suerte de democratización de la primera: «Son hermanastras que se odian —apunta en sus conversaciones con Snyder— y son inseparables porque comparten una herencia indivisible». El objetivo de la Historia es la dilucidación de la verdad y no un acto personal de reconciliación o de querrela con el pasado. La operación no es simple porque, como especificó a su confidente Snyder, la «verdad de la autenticidad es distinta de la verdad de la honestidad. Del mismo modo la verdad de la caridad es diferente de la verdad de la crítica». Y todas deben estar activadas en el historiador sin que esto le autorice a pensar que haya en alguna parte una verdad subyacente y única.

Por esto tampoco le gustó que la Historia se haya arrogado a veces la función de corregir el presente, mediante una amonestación permanente basada en la lectura masoquista del pasado. Como historiador de los acontecimientos del siglo xx, pudo tener la tentación de hacerlo pero la conjuró porque nunca creyó (como escribió en el prefacio a *Sobre el olvidado siglo xx*) que aquella centuria fuera solamente «una Cámara de los Horrores Históricos de utilidad pedagógica cuyas estaciones se llaman Munich o Pearl Harbor, Auschwitz o Gulag, Armenia o Bosnia o Ruanda, con el 11 de septiembre como especie de coda excesiva, una sangrienta posdata». Con más distancia, en las conversaciones con Snyder, afirma que lo esencial de aquel periodo no fueron las guerras sino que «durante gran parte del siglo nos dedicamos a debatir, implícita o explícitamente, sobre el surgimiento del Estado», algo que, en puridad, se heredaba del fecundo siglo xix pero que ahora tuvo como marco y referencia la opción por «Estados democráticos y constitucionales fuertes, con una fiscalidad alta y activamente intervencionistas, que podían abarcar sociedades de masas complejas sin recurrir a la violencia o la represión». Y, a despecho de su proclamada renuncia a aleccionar, Judt concluye: «Seríamos unos insensatos si renunciáramos alegremente a ese legado».

Es patente, por lo tanto, que el combativo y luminoso ensayo *Algo va mal* no se había improvisado ante las noticias de la crisis financiera iniciada en 2007 que incendió muy pronto buena parte del mundo. Judt sostenía desde hacía bastante tiempo que eran mentiras interesadas tanto la creencia de que existía

una tendencia a la autorregulación del capitalismo, como las sombrías profecías de Friedrich von Hayek sobre el «camino de la servidumbre» a las que nos llevaba la intervención del Estado. ¿Habrá que recordar que aquella herencia de la que hablaba —la lucidez del liberalismo clásico y la decisión política de la socialdemocracia— formaba parte de la vida misma de un muchacho judío cuyos abuelos nacieron en el Este de Europa, cuyos padres lograron una vida mediana en el Londres de la posguerra y cuya brillante carrera académica fue el fruto de su denodado esfuerzo escolar, recompensado con las becas que le llevaron a Cambridge primero y a la *École Normale Supérieure*, después? Judt fue muy consciente de que su fecha de nacimiento le colocaba en el centro de lo que había de ser su futuro terreno historiográfico y, en buena medida, la experiencia de su vida. En 1948, el hijo de Joe Judt y Stella Dudakoff, propietarios de una peluquería en el barrio londinense de Putney, resultó coetáneo riguroso de la fundación del Estado de Israel y de la implantación del régimen comunista en Checoslovaquia, de los comienzos del Plan Marshall y de los primeros vuelos del puente aéreo que abastecería Berlín, antes del bloqueo soviético que se formalizó en diciembre y dio carta de naturaleza a la Guerra Fría. Aquellos acontecimientos fueron secuelas de lo que no habían resuelto dos guerras universales y marcaron la agenda política de los cinco decenios siguientes y, en el primer caso, seguro que el conflicto concernirá a algunos más.

Con el tiempo, Judt viviría una efímera etapa de colono en un *kibbutz* israelí que le curó para siempre de la tentación sionista; estaría en Francia en las vísperas de 1968, que no le inspiró el más mínimo respeto ni intelectual ni sentimental (como tampoco lo sintió según confiesa a Snyder, por «el cínico, mermado, autoindulgente y cada vez más abocado al fracaso gobierno [laborista] de Harold Wilson»), y a través de su amistad con profesores centroeuropeos y de sus lecturas en lengua checa cambiaría su idea de Europa en los momentos anteriores al hundimiento del *socialismo real*. Y todo tenía coherencia con muchos de los augurios de aquel 1948. En una de las intuiciones más felices de sus conversaciones con Snyder afirmó que «lo lógico sería tratar los años de 1936 a 1956 como un solo periodo de la historia europea», más allá de los dramáticos mojones de 1939-1945 e incluso de la atrevida noción de una guerra civil europea que se extiende entre 1914 y 1945 y que ha ilustrado con tanta habilidad su colega y coetáneo Enzo Traverso.

En otro lugar de *Sobre el olvidado siglo xx*, reseñando las memorias de Manès Sperber, señala con cierto humor que «no hace falta ser judío para comprender la historia de Europa del siglo xx, pero ayuda». Judt no ha sido el único en colocar su experiencia personal en la vorágine de los acontecimientos. Eric Hobsbawm, de origen hebreo como él, británico por formación y nacionalidad, también situó al frente de *The Age of Empire* (1987) la crónica de su propia familia que, en las vísperas de 1914, se movía con soltura entre los prósperos comerciantes de El Cairo, los parientes que residían en los dos Imperios centrales —Austria-Hungría y Alemania— y sus contactos con Reino Unido: en un

mundo que todavía no conocía el uso de los pasaportes pero estaba enlazado por el comercio y, en lo que concierne a la clase alta, por los más exigentes programas educativos y por los viajes de placer. Al escribir *The Age of Extremes: the Short Twentieth Century (1914-1991)* (2006), prefirió comenzar su obra transcribiendo el diagnóstico de varios intelectuales internacionales (entre los que está nuestro Julio Caro Baroja) acerca del siglo xx, antes de hablar de sí mismo y la dificultad de historiar aquello que te toca de cerca.

Pero ni a Judt ni a Hobsbawn les preocupaba mucho la legitimidad de ese empeño, que acometieron desde circunstancias personales muy diferentes — los separaban treinta años de edad—, desde supuestos ideológicos distintos —Hobsbawn sigue fiel al marxismo e incluso a la militancia comunista, mientras que el inicial marxismo de Judt desapareció tempranamente— y con un grado de inserción muy diferente en la respetabilidad académica: como el propio Judt señala, su colega ha sido un habilidoso *insider* nato y desde esa situación, su vida privada, sus referencias ideológicas, sus amigos o sus propios ensayos le han permitido explorar a su gusto la experiencia del *outsider*; en el caso del joven Judt la condición de *outsider* es más genética y espontánea, diríase que *previa*, pero, en buena medida, la ha corregido precisamente su vida profesional (una parte de las charlas con Timothy Snyder permiten matizar el alcance de los dos conceptos en la autopercepción de nuestro historiador).

Con todo, Judt no ha regateado su admiración intelectual por Hobsbawn, que es «el historiador con más talento natural de nuestro tiempo» y un «admirable escritor», por más que este peculiar «comunista *tory*» que, en su opinión, ha «romantizado» más allá de lo tolerable el comunismo italiano de posguerra e incluso la construcción de la República Democrática Alemana, hasta haber logrado que «nada turbara su descanso» porque «de alguna manera ha ignorado el terror y la vergüenza de esta edad». Las consideraciones precedentes figuran en una sabrosa reseña de las memorias de Hobsbawn (*Interesting Times: a Twentieth-Century Life*, 2002; el trabajo viene en *Sobre el olvidado siglo xx*) y conviene no olvidar que unos años después, Judt redactaría las suyas teniendo, sin duda, muy presente la intención de su predecesor: la memoria de un historiador no puede ser inocente y, por ende, es inseparable del contexto histórico en que se dio el desarrollo de su vida privada. Y, a la postre, se justifica como un ejercicio de historia intelectual practicado en primera persona. Pero las circunstancias de su escritura determinaron también diseño y escritura que otorgan a *El refugio de la memoria* esa acezante necesidad de recuperar la vida y esa dramática sensación de fatigada impotencia, que el autor esconde detrás de los datos contables de una enfermedad sin remedio. Las concibió en las largas noches de su enfermedad al modo de «corrientes de conciencia» que reconstruían «como las piezas del Lego, segmentos entretnejidos de mi propio pasado que nunca antes había relacionado», destinadas a ser dictadas y transcritas al día siguiente. El artificio no es una novedad literaria: la expresión «streams of consciousness» proviene de la psicología y ha sido esgrimida como principio activo

del *monólogo interior*; la asociación mental de recuerdos complejos a un elenco estable de iconos es una de las formas más antiguas de la mnemotecnia clásica, que dio origen a los complejos «teatros de la memoria». Y el propio Judt ha recordado la excelente monografía de Frances Yates sobre la pervivencia de estos artificios, o la de Jonathan Spence sobre su uso en la obra del jesuita barroco Mateo Ricci. Es lástima que la traducción española de Juan Ramón Azaola —por lo demás, excelente— haya desdeñado el sentido afín del título originario, *The Memory Chalet*, para elegir el menos expresivo *El refugio de la memoria*.

Precisamente la primera evocación es la de una *pensione* suiza —en un chalet alpino— donde, cuando Judt era niño, la familia pasó algunas inolvidables jornadas de vacaciones invernales. Y el último capítulo regresa al país helvético para recordar un viaje familiar muy posterior que tuvo como destino Mürren. Y donde disfrutó de un ferrocarril de cremallera «puntual, predecible, preciso», que conducía al macizo de Schilthorn. «No podemos elegir —concluye este libro— donde iniciamos nuestra vida, pero podríamos finalizarla donde quisiéramos. Yo sé dónde estaré: yendo en ese tren minúsculo a ningún sitio en particular, por siempre jamás». La fauna de un albergue suizo —amables empleados, actores británicos en vacaciones, turistas alemanes y franceses— fue la primera experiencia «internacional» de un destino personal que iba a serlo ya para siempre; el deseo final, formulado a propósito de un país donde «aburrido puede significar también seguro, ordenado, limpio», es toda una profesión de fe en quien ha llegado a ser inglés no ejerciente, judío por fidelidad afectiva, americano crítico y, en fin, «cosmopolita desarraigado».

Y tampoco es casual que un ferrocarril ocupe una parte importante en su sueño de felicidad póstuma. A Judt le entusiasman los trenes y no solo porque, como explicó a menudo, fueran —casi hasta nuestros días— la expresión más certera de la felicidad pública por cuenta de un Estado providente y un dato de la psicología de un pueblo: «Para mí la forma más fácil de *pensar* Austria o Bélgica es pasear por la Westbahnhof o por la Gare de Midi». Los ama por esas razones más oscuras por las que los amamos otros muchos: porque son imponentes y, a la vez, acogedores; porque sus raíles que se pierden a lo lejos o la ordenada certeza de los andenes de sus estaciones certifican de antemano la eficacia de lo que ofrecen; porque sus convoyes a punto de marchar resumen la gloria del viaje a otra parte; porque presentan siempre un paisaje distinto por sus ventanillas. Por eso, ocupan sendos tramos de estas memorias las escapadas infantiles para viajar en el metro de Londres o en los eficientes servicios de cercanías («Deseo mimético»), el recuerdo de los grandes *ferries* que, antes de la construcción del Eurotúnel, unían Gran Bretaña y el continente («El *Lord Warden*»), o la pasión de su padre por los automóviles.

El refugio de la memoria ratifica la importancia del arte de describir y entender en la obra de Judt, donde las ideas tienden a ser casi siempre perfiles de gentes concretas y los acontecimientos se especifican en objetos o ámbitos, cargados de un sentido potencial que solo la descripción desarrolla. «La ven-

taja de mi profesión —escribió allí, con cierta legítima jactancia— es que tienes una profesión en la que puedes insertar el ejemplo, el detalle, la ilustración [...]. Dispongo de una ventana narrativa que conecta, a la vez que embellece, recuerdos que de otro modo quedarían inconexos». Pero esa capacidad era previa a su enfermedad final... La invitación a escribir en revistas le dio la oportunidad de ejercer las artes de la semblanza y de la síntesis de tono personal en un espacio limitado y para un público general. Por eso, *Sobre el olvidado siglo XX* resulta libro de un singular atractivo y, por su carácter misceláneo, el que ofrece un panorama más completo del pensamiento de su autor. No es fácil explicar en una veintena escasa de páginas la historia de Bélgica («Un Estado sin Estado»), modelo de una sociedad avanzada pero cuyos desajustes crónicos —la pugna de etnias lingüísticas, la rigidez de los partidos, la desconfianza generalizada hacia el Estado— la han convertido en un involuntario modelo de lo que puede ser el futuro: la caricatura de aquellos otros países a los que subyugó la profecía de Margaret Thatcher, «no hay sociedad sino personas y familias», o a los que atrae un fenómeno como los *Tea Party*. Y tampoco lo es trazar «Rumania entre la Historia y Europa» donde se explora la culpa de un nacionalismo insaciable, obstinado en el irredentismo territorial y manifiestamente proclive a formas del fascismo que apenas enmascaran la frustración europea que ha recorrido la historia moderna del país. O analizar con tan implacable lucidez la vía errónea de Israel tras la guerra y las conquistas militares de 1967 («Una victoria sombría: la Guerra de los Seis Días» y «El país que no quería crecer»).

En los tres casos, solamente algunas novelas recientes de naturaleza muy expiatoria nos proporcionan un diagnóstico tan cruel como seguramente justo como el de Judt: pienso en *Una historia de amor y oscuridad*, del israelí Amos Oz; *El regreso del húligan*, del rumano Norman Manea (tan cercano al mundo de Philip Roth), y en *La pena de Bélgica*, del flamenco Hugo Claus. Pero no son menos acertados los repasos que Judt nos brinda acerca de episodios históricos (la guerra fría, los procesos de los espías norteamericanos Alger Hiss y Wittaker Chambers, la crisis de los misiles en 1962...) y los agudos retratos intelectuales. Algunos son tan chispeantemente negativos como los que se enderezan al pontífice Juan Pablo II (por cuenta de la floja biografía de Carl Bernstein y Carlo Pollitti) y al político Tony Blair («El gnomo en el jardín»). Basten un par de muestras de las razones de su inquina, muy parecida en ambos casos. Desde Pío IX, «ningún papa [como Juan Pablo II] ha expuesto tan agresivamente» un plan de sus ambiciones políticas y ninguno «desde Inocencio III, ha podido hacerlo realidad. Como Inocencio ha sido un aliado poderoso pero incómodo en la sucesión de sus socios seculares, que siempre han tenido alguna causa para lamentar sus tratos». Es patente que la influencia internacional de Blair ha sido más limitada que la del papa polaco porque también lo es la banalidad de su propia imagen siempre sonriente: «Transmite una impresión de convicción pero nadie sabe muy bien en qué. No es tanto sincero como

Sincero». Ha seguido fiel a las pautas liberalizadoras de la Dama de Hierro, pero todo lo que su gobierno ha producido se limita a una falsa impresión de prosperidad y a un culto trivial y acrítico del pasado histórico: «Blair es el gnomo del Jardín del Olvido británico».

Judt ha escrito dos excelentes libros de historia intelectual (el ya citado *Pasado imperfecto* y el todavía no traducido al español, *The Burden Responsibility: Blum, Camus, Aron and the French Twentieth Century*, 1998). Por eso siempre lamentaremos que no pudiera dar forma al proyecto ya esbozado de «una historia cultural e intelectual del pensamiento en el siglo XX», de la que habla con melancolía el epílogo personal a las conversaciones con Snyder, fechado un mes antes de su fallecimiento. Y es el mismo Snyder quien, en su prólogo, añora estos estudios y ensayos más breves, dedicados a «intelectuales y su compromiso» y «en los que alcanzó casi la perfección». Muchos de ellos están en *Sobre el olvidado siglo XX*. No faltan allí los vejámenes inmisericordes como el dedicado a Louis Althusser y los templados ajustes de cuentas, como el ya comentado a propósito de Hobsbawm, o el que se endereza a los autores franceses del libro colectivo, dirigido por Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*; de entre ellos, el primero y el tercero manifiestan la ya veterana querrela de Judt con los hábitos intelectuales galos, que conoció bien en su época de *normalien*. Pero también hallamos una emotiva y perspicaz semblanza del palestino-norteamericano Edward Said, escrita como prólogo a su colección de ensayos *From Oslo to Irak* (2004). Quizá los más reveladores son los que hacen referencia a la «república de las Letras» del siglo XX y, en tal sentido, pensaba, sin duda, que el militante Said también podía haber pertenecido a ella. Sus miembros fueron de origen judío los más, nacidos en la periferia de Europa muchos, que reflexionaron con denuedo e independencia cuando era difícil mantener esta y ejercer aquel: la formaron seres humanos como Albert Camus, Raymond Aron, Arthur Koestler, Hanna Arendt y muchos de aquellos intelectuales centroeuropeos que, como Manès Sperber, Czesław Miłosz y Leszek Kołakowski, dieron su testimonio sobre el comunismo, bajo el fuego graneado de la incompreensión de la izquierda y confundidos a menudo con los orígenes del neoliberalismo. En el capítulo «La generación del entendimiento liberal de Europa del Este», Judt ha sintetizado los términos de su deuda personal con ellos e incluso su comprensión por quienes, a fuer de anticomunistas, colaboraron con el Congreso por Libertad de la Cultura, sufragado por una C.I.A. que tampoco era la «burda, incompetente y servil C.I.A.» de los recientes años ochenta y noventa.

Quien trabaje en historia literaria seguramente considerará una lástima que Judt —tan especialmente dotado para el análisis de las psicologías y las autoexcusas ajenas— rechazara en Cambridge la propuesta de trabajar en las relaciones de la Literatura y la Historia. De seguro, todos sus lectores lamentarán la pérdida de aquella «historia social y cultural del pensamiento del siglo XX», pero algunos, al menos quienes somos amigos de los trenes, echaremos siempre de menos *Locomotion*, un libro donde pensaba reflejar la relación del ferrocarril

con la historia de la sociedad europea y en el que, sin duda, hubiera hablado de las grandes estaciones ferroviarias. En alguna ocasión recordó la *Centrale de Milan* (que fue obra del fascismo, por cierto) o lamentó la desaparición de la antigua de Pennsylvania Station, en Nueva York, a la vez que —como ya sabemos— elogió las de Viena, Berlín o Bruselas. Si hubiera escrito *Locomotion*, es patente que hubiera reemplazado la impersonal *Gare du Midi* de la capital belga por la mucho más espectacular estación término de Amberes, cuyas vías hoy se han soterrado. Aunque solo fuera porque su fascinante decoración fue el motivo de arranque de la última novela de W. G. Sebald, *Austerlitz*, y porque este relato trata de la historia contemporánea de Europa y habla —como las páginas de *Judt*— de judíos, británicos, alemanes y, sobre todo, de las gentes que no son de ninguna parte. Y, por eso mismo, lo son de todas...

